

## CANTO XII.

## ARGUMENTO.

La guarda prende á Garceran valiente,  
Que á ver entraba su querida esposa;  
Cenobia entre las armas diligente  
A sí se culpa amante y animosa.  
Niega el esposo, y el francés consiente  
De entrambos la sentencia figurada,  
Y antes que se ejecute, entró triunfando  
Por el formal el hijo de Fernando.

Seguendo el sol á la mañana fría,  
Pisaba del Oriente los umbrales,  
Entrando alegre por su puerta el día  
A verse en los espejos celestiales;  
Y la canción usada repetía  
Con voces y suspiros naturales  
El coro de las aves, que en la selva  
Aguarda mudo que á los campos vuelva.

«Cuando con menos voces y artificio  
La gente celtibera prevenida,  
De su contento daba claro indicio  
Y al favorable sol la bienvenida,  
En todos se frecuente el ejercicio,  
Que en tales casos inventó la vida  
Para asaltar guardada las almenas,  
Que están de ofensas y enemigos llenas.

No con menor industria los cercados  
A defender los muros se disponen,  
Cubiertos de pertrechos y soldados,  
Que en todas partes al contrario oponen:  
Con esta diligencia fatigados,  
Los unos y los otros se componen,  
Y á Nápoles en tanto de repente  
Altera el gran tumulto de la gente.

El caso fué, que habiéndose entendido  
Que algunos españoles frecuentaban  
La entrada por conduto no sabido,  
Y osadamente en Nápoles andaban;  
Y que el intento cierto y conocido  
Los mismos ciudadanos animaban,  
Pues defensa segura sin respeto  
Les daban en sus casas con secreto;

Mandó Reiner con públicos pregones  
Que pena de la vida no se acoja,  
O sean españoles ó naciones,  
Que el pecho adornan con la banda roja.  
Con esto, á quien intenta discusiones,  
Al punto de la vida le despoja,  
Pagando luego el capital insulto  
De haber tenido á su enemigo oculto.

En medio pues del vulgo alborotado  
Prendió la ronda que cercaba el muro  
A un noble aragonés, que disfrazado  
Entró como otras veces mal seguro,  
Amaba agradecido y obligado  
Con fe sencilla y con afecto puro,  
Expuesto á los peligros de la suerte,  
Que ya le muestra su vechna muerte.

Por largo tiempo, sin engaño y celos,  
Cercados de peligros y temores,  
Trataban, despreciando los recelos,  
Cenobia y Garceran dulces amores.  
Piadosos dieron al galán los cielos  
Sangre en Barbastro igual á las mejores,  
Y á su querida amante dió Gaeta  
Nobleza antigua con beldad perfeta.

El de su amor vivía satisfecho,  
Y ella su mismo gusto le agradece;  
Y siendo igual á entrambos el provecho,  
El dulce fuego con lisonjas crece.  
Ninguno teme que verá deshecho  
El lazo eterno que su amor ofrece,  
Y cada cual la fe del otro amante  
En sí la juzga por verdad constante.

Nació este amor de estrella que le inclina,  
Cuando prendió gallardo por la espada  
Garceran á Cenobia en la ruina  
De su querida patria desdichada.  
Mal dije, no prendió, que su divina  
Beldad de las pasiones desatada,  
Hizo burlando amor de las ajenas,  
De sus madejas de oro las cadenas.

Trocóse la prision, trocóse el dueño;  
Quedo vencido el que venció animoso,  
Ella en cadenas de inmortal empeño,  
El preso, enamorado y vitorioso.  
Huyó á sus ojos el antiguo sueño,  
Y ella procura libre su reposo  
Libre digo! Engañeme, ni procura  
Buscar en otra libertad ventura.

Con esta tan igual correspondencia  
Creció el amor, seguro de mudanza,  
Que nunca de las ondas la insolencia  
Temió la nave que se vió en bonanza.  
Al fin llegó de su llorada ausencia  
El tiempo, en que marchita su esperanza;  
Miró á diciembre con mortal desmayo,  
Que no hay en año de desdichas mayo.

Mandando Alfonso que seguros puedan  
Gozar los prisioneros de sosiego,  
Los unos parten, y los otros quedan  
Gozando el dulce efecto de su ruego.  
Temiendo pues que de lo justo excedan  
Las tiernas muestras, se partieron luego  
Los padres de Cenobia, que pretenden  
Matar el fuego que al partir encienden.

Supieron al momento los amantes  
De la partida triste la certeza,  
Y su congoja y pena en los semblantes  
Mostraba la reciproca tristeza.  
Entre unas fuentes, que espaciosas antes  
Corrieron envidiando su firmeza,  
Lloraban dulcemente la partida,  
Que es dulce amor hasta en quitar la vida.

Testigos de sus tiernos juramentos  
Unos laureles fueron, que obligados  
Del triste caso, sin moverse atentos  
Callaron de los vientos molestados.  
Siguiendo sus eternos movimientos  
Los ejelos de lumberras coronados,  
El alba puso fin á sus querellas,  
Mas no la causa que tuvieron ellas.

Partióse al fin á Nápoles la dama;  
Quedó sin ella el triste caballero,  
Y si ella ardientes lágrimas derrama,  
El siente como amante verdadero.  
Sobre una Peña, en que insolente brama  
El mar de Italia con asalto fiero  
Miraba Garceran las aguas, donde  
Su bien un teño fugitivo esconde.

Romper le vió con movimiento leve  
Las crespas ondas, sin dejar camino,  
Y al libre viento, que sus tablas mueve,  
Prender la industria en cárceles de lino.  
«Si no procuras que á seguirte pruebe,  
Detente, dijo, caminante pino,  
Que no soy, aunque firme opuesta roca,  
Que á tan forzoso miedo te provoca.

«Que así el engaño de tus ondas fia  
La bella imitación del alto cielo,  
Y de un tirano padre la porfía  
Desprecie los peligros sin recelo.  
Si solo de mis ojos te desvia,  
También pudiera por constante suelo,  
Mirando que al furor del mar entrega  
La dulce prenda, que á su amante niega.

«¿Qué lloro, á quien me quejó ó qué fatigo  
Al sordo viento, que la mar frecuente,  
Si miro que envidioso y enemigo  
La injusta fuga su favor alienta?  
Mas no tendrá mi amor igual testigo,  
Que darle pueda de sus males cuenta,  
Pues lleva mis suspiros abrasados,  
De su violento soplo acompañados.»

Así llorando triste se quejaba,  
Cuando de blanca espuma en los vellones  
La diligente barca se ocultaba,  
Fiada á sus molestas invasiones;  
Y á la confusa vista que aplicaba,  
Burlaban las postreras confusiones,  
Si son dudando, sin que el sol tramonte,  
Las velas arrebol del horizonte.

Apenas con el justo desengaño  
Volvió á su casa, cuando Alfonso ordena  
Que el campo marche, descubriendo el año  
La frente mas pacífica y serena.  
Siguió las armas, padeciendo el daño  
Que nace de la ausencia y de la pena  
De su perdido bien, que solo alcanza  
El dulce portar de la esperanza.

Llegado el fin de la prolija guerra,  
El vencedor ejército volviendo,  
De Nápoles pisó la amada tierra,  
Sus muros asaltando y combatiendo;  
Y como la mitad del alma encierra  
Del noble amante, sin rumor ni estruendo  
Estando, procuró, la guerra en calma,  
Perder la vida por hallar el alma.

Y así, de noche por estrecha senda,  
Del antiguo formal y oculta mina,  
A quien las claras aguas encomienda  
La sierra, que á sus fuentes encamina,  
Sin que el silencio mismo comprenda  
Lo que el osado amante determina,  
A ver entraba su querida esposa,  
De verle satisfecha y recelosa.

Mas no salieron sus temores vanos,  
Que de la atenta ronda diligente  
Cayó el amante misero en las manos,  
Hallado y detenido de repente.  
Quedaron los soldados tan ufanos  
De la oportuna presa, que á la gente  
Apenas se mostraba entre las guardas,  
Cenizas de paveses y alabardas.

Ocultas en el umbral de la ventana  
Miró Cenobia el desdichado caso  
Con la primera luz que la mañana  
Tendió en los montes alargando el paso.  
Perdieron su color la nieve y grana,  
Y al sol hermoso sepultó el ocaso,  
Envuelto en nubes de dolor y espanto,  
Que amor desata en importuno llanto.

Salí cubierto del adorno breve,  
Para indecentes ojos imperfecto,  
Y de la union del fuego y de la nieve  
Fiando á los volantes el secreto.  
El viento libre sus cabellos mueve,  
Perdido de las trenzas el respeto,  
Y de nativas ondas coronado,  
Formaba suelto natural trenzado.

Mostróse en ella á Nápoles el día,  
Que llaman dulcemente con endechas  
Las aves, que cesando en su porfía  
Callaron, de mirarla satisfechas.  
No tan veloces por el aire envía  
El corvo abeto las ardientes flechas,  
Como tendiendo en ella amor sus redes  
Salí de las domésticas paredes.

Robaba á la vergüenza la congoja  
La natural cubierta de la cara,  
Y osada y loca del dolor se arroja  
Con ciegos medios á su infamia clara.  
Del proceder honesto la despoja  
Amor, que no discurrir ni repara,  
Ni quiere que sus obras se dilaten,  
Si penas ó deseos le combaten.

Con esta peligrosa diligencia,  
Y las violentas alas del exceso,  
Llegó del franco Duque á la presencia  
Al mismo punto que llegaba el preso.  
Turbóse Anjous, mirando la excelencia  
Del Pintor celestial, y el grave peso  
Del público cuidado no permite  
Que descuidado amor le solicite.

Y en sí volviendo, los presentes mira,  
Por ver si alguno á referir empieza  
El mudo caso, que callado admira  
Al trágico silencio de la pieza.  
Al fin, la esposa triste, que suspira,  
Alzando lastimada la cabeza,  
Le dice con el triste sentimiento  
De ver su vida en el postrero aliento:

«Invicto capitán, honor y gloria  
Del rey que adornan las cristianas lises,  
Así en anales sacros tu memoria  
Viva á los siglos que triunfando pises,  
Que atento y lastimado de la historia  
Que agora escuchas, en mi mal divises  
Y en las ardientes lágrimas que vierto  
De tantos males el discurso cierto.

«Sabrás que el desdichado caballero,  
Esposo mío, que humillado tienes,  
A cuya vida el vengativo acero  
Por ley severa afilas y previenes,  
Con tierno amor, constante y verdadero  
A verme entró, que sus dichosos bienes  
Guardados tiene amor de sus enojos  
En el erario dulce de mis ojos.

«No á descubrir de tus soldados vino  
Si tienen disciplina vigilante,  
Ni á ver si tu cuidado se previno  
De algun reparo á resistir bastante;  
A verme, sí, que un tierno desatino,  
¿Qué piedra ó muro habrá que no quebrante?  
Soltarlo puedes, que la culpa es mía,  
Y no es de Alfonso Garceran espía.

«Yo soy la transgresora del preciso  
Bando, que á justa muerte me condena,  
Y pues te doy de mi delito aviso,  
En mi ejecución su debida pena.  
Si por librarme el inocente quiso  
Vestirse; ay triste! de la ofensa ajena,  
No es bien que pierda, sin hallar disculpa,  
La propia vida por ajena culpa.

«Si sabes lo que amor ordena y puede  
En este reino vil de los sentidos,  
Y los injustos fueros que concede  
A tantos desdichados y perdidos;  
También sabrás que si violento excede,  
Prescriben sus decretos admitidos,  
Y exentos son por fueros naturales,  
Yerros de amor de términos legales.

«Ni verme quiero del cuchillo exenta,  
Librando en otras manos mi justicia;  
Que no recela desdichada afrenta  
De tu piedad á mi dolor propicia,  
Pues ya mi navecilla en la tormenta,  
Que tablas, velas y árboles desquicia,  
Descubre puerto sosegado y manso,  
Y libre de las ondas su descanso.

«Y si modera humilde la sentencia  
El ruego de mis males importuno,  
Ordene tu rigor ó tu clemencia  
Que entrambos vivan, ó que muera el uno.  
Y si ha de haber en esto diferencia,  
Y es justa perdición que muera alguno,  
Yo seré, que es lo mismo, en honra dellos,  
Morir de amores, que morir por ellos.»

Así acabó Cenobia su discurso,  
Con justa admiración de los oyentes,  
Formando de sus lágrimas el curso  
De hermosas perlas desatadas fuentes;  
Y apenas en el público concurso  
Volviéron al silencio los presentes,  
Cuando á Reiner, que le esenchaba atento,  
El preso dijo con gallardo aliento:

«Nací, señor magnánimo, en Barbastro,  
Ciudad en Aragon antigua y bella;  
Mi sangre es noble, mi apellido Castro,  
Soldado por oficio y por estrella;  
Siguiendo las pisadas por el rastro,  
Que honradas miro de mi padre en ella.  
A Italia vine, de mi rey famoso  
Siguiendo el estandarte vitorioso.



»Armado de la industria y la nobleza,  
Que sola en tales casos me acompaña,  
Entré á mirar la débil fortaleza  
Que el mar Tirreno con sus ondas baña;  
Y habiendo descubierto con presteza  
Entrada fácil al león de España,  
De súbito las guardas me prendieron,  
Y á tu real presencia me trujeron.

»De aquesta hermosa dama, que moverla  
Pudieron tanto mis llorados males,  
Que finge una quimera, que crearla  
Pudieran mis desdichas inmortales,  
No soy esposo, ni jamás por verla  
Me dieron acogida sus umbrales;  
Y es ilusión hacerme esposo y dueño,  
Que en esto imita la piedad al sueño.

»Mas no disponga el cielo ni permita  
Que la tirana luz de su hermosura,  
Que amor, piedad y miedo solicita,  
Los rayos pierda de su lumbrera pura.  
Y si esta empresa bárbara, que incita  
En su piadoso engaño mi ventura,  
Tuviera efecto, ¿qué inclemencia fuera  
Que, libre el reo, el inocente muera!

»Ni es justo que su lástima culpable  
El filo agudo del agravio pruebe,  
Y en tales pechos su ficción estable  
Que el uno pague lo que el otro debe.  
Mirad sus verdes años, que mudable  
Respeto el tiempo, que en su blanca nieve  
Vierte, afrontando la que da el invierno,  
De varias flores un abril eterno.

»Yo soy, yo, quien profana los mandatos,  
Y no la humilde víctima que ofrece  
El cuello, despreciando los recatos,  
Con que la honesta vida se ennoblece.  
Cortad mis años á su vida ingratos,  
Y el breve paso, que infamado crece,  
¡Oh nobles ciudadanos! si llamada  
Hirió al rendido la mejor espada.»

Dijo y calló, vertiendo en las postreras  
Palabras sus afectos tan sensibles,  
Que las precisas leyes y severas  
Juzgó el común aplauso por terribles;  
Y al noble Capitán que con sinceras  
Entranas, conmovidas y pacibles  
Librarlos quiso, así replica osado  
Arunco, descendiente de Conrado:

«Si puede tanto la piedad viciosa,  
Nacida de unas lágrimas serviles,  
Que en mengua de tu sangre generosa  
Obliga á que sus glorias aniquiles;  
No escuches, no, de la sirena hermosa  
Las voces penetrantes y sutiles,  
En tiempo que se enfrena al enemigo  
Con ver de los rebeldes el castigo.

»No niego que á sus lágrimas propicio  
Mostrarse pudo enternecido el pecho,  
Mas no á romper las leyes del oficio,  
Que atento mira el público provecho.  
El muere justamente en su ejercicio,  
Y ella también, que, osada á tu despecho,  
En el secreto albergue de tu casa  
Guardó el Sinón que tu ciudad abraza.

»Que mueran pide tan forzoso ejemplo,  
Y del perdón injusto que procuran,  
Nacida alguna disensión contemplo,  
Que ya turbados ánimos murmuran.  
La furia en tanto del agravio templo,  
Juzgando que sus quejas aseguran  
Tu celo, tu respeto y tu justicia,  
No mas que á la verdad libre y propicia.

»Entrambos por culpados se presentan  
Con modo astuto y término exquisito;  
Y aunque librarse el uno al otro intentan  
Por suyo reconocen el delito.  
Morir desean, y el exceso cuentan,  
Y así con justo afecto solicito,  
Temiendo que los términos dilates,  
Que á entrambos creas y que á entrambos mates.»

Así acabó, trocando sus razones  
De súbito, movidos á venganza  
Los antes lastimados corazones,  
Que acusan del castigo la tardanza;  
Temiendo las vulgares disensiones,  
Perdió de libertarlos la esperanza  
Anjous piadoso, que á la furia ciega  
Del vengativo pueblo los entrega.

Dejó la silla al tiempo que dispuso,  
O permitió forzado, que ejecute  
Su furia el pueblo bárbaro y confuso,  
Temiendo su piedad que se le impute.  
Con esta permission luego compuso,  
Sin que en lo justo y pio se dispute  
El público teatro, que pretende  
Bañar de sangre, que á ninguno ofende.

En tanto que el suplicio se prepara,  
Y el sol visita la mitad del cielo,  
Habiendo roto libre el agua clara  
Los blancos grillos que le puso el hielo;  
Alfonso invicto con industria rara,  
Que darle pudo el militar desvelo,  
Su gente ocultamente prevenia  
Con tal secreto, que engañaba el día.

La escuadra misma, con que Arnaldo y Bruno  
A ver volvieron la segura entrada,  
Guardarla pudo sin rumor alguno,  
A no perder el paso conjurado.  
No da en el hecho parecer ninguno,  
Que á todos tiene oculta y reservada  
La empresa Alfonso, que el mejor efecto  
Nace en el pecho, y muere en el secreto.

Con él osadamente determina,  
Burlada la atención de su contrario,  
Llevar á tantas vidas la ruina  
Con fuerte emulación de Belisario.  
Antes de hollar el seno de la mina,  
Por ser el tiempo en los sucesos vario,  
La difícil salida armada estuvo  
Con gente fiel que en sus umbrales tuvo.

Siguieron de su campo los mejores  
Soldados, prevenidos sin concierto,  
Callando los sonoros atambores,  
Y el mudo valle sin rumor desierto.  
Del vulgo en tanto suenan los clamores,  
Nacidos del piadoso desconcierto,  
Mirándolos constantes desdichados,  
Cenidos de prisiones y soldados.

En medio de una plaza se mostraba  
Con tristes aparatos y funestos  
El sitio en que el castigo se aprestaba  
De dos amantes, á morir dispuestos;  
Y los que amor viviendo conformaba,  
Por él se muestran al morir opuestos,  
Queriendo cada cual con mejor suerte,  
Por no doblarla, anticipar la muerte.

Sin mas adorno que el revuelto trage,  
Cenobia el rostro tímido descubre,  
Quitando de las flores el ultraje  
La blanca sombra, que las suyas cubre.  
Sentía triste que el cuchillo ataje  
Los verdes años que su abril encubre,  
Y osada y muda, sin torcer el paso,  
Miró la vida su mortal ocaso.

Suspense y ciego el caballero triste  
Lloraba malograda su hermosura,  
Y cuanto mas el impetu resiste,  
Con mas congojas su dolor le apura.  
Vuelve y revuelve, y fatigado insiste,  
Mirando á la sangrienta desventura,  
Y así le dice agradecido y tierno,  
Cobrando el alma su vital gobierno:

«No siento, no, bellísima señora,  
El desdichado curso de mis días,  
Ni el triste fin que tan cercano agora  
Llorando miran las tristezas mías.  
La noche, sí, de tu luciente aurora,  
Que el miedo cubre de tinieblas frías,  
Siendo mi amor el homicida fiero  
Que en daño suyo desnudó el acero.

»Confieso que, obligado y satisfecho,  
Morir deseo, y si quedara vivo,  
No hallaran las edades en mi pecho  
Retorno de las prendas que recibí.  
Fundóse la sentencia en mi provecho,  
Y solo agora en el morir estribo,  
Pues cuando no sea justa la partida,  
Borró la deuda quien perdió la vida.

»Ni viera aquesta paga contradicha,  
Si el cielo favorable permitiera  
Que como doy la vida á mi desdicha,  
Por tus hermosos ojos la perdiera.  
Mas no me niega parte de la dicha,  
Que en este paso mi verdad espera,  
Pues si por ti la vida no he perdido,  
La causa el verte de perderla ha sido.—

«Yo muero, le responde, tan contenta  
De no quedar sin ti, muriendo viva,  
Que tengo ya la vida por afrenta,  
Pues deste bien su dilación me priva.  
Partir quisiera sin que el alma sienta  
La espada mas injusta y vengativa  
De verte muerto, y con igual fortuna  
Pasas dos muertes sin deber ninguna.

»No fué delito, Garceran, amarte,  
Desdicha si perderte tan aprieta,  
Y mas en quien vivía de obligarte  
Con esta fe que hasta el morir profesa.  
Seguro y cierto de la vida parte,  
Que á no ser voluntad del cielo expresa  
Que muera, y su clemencia la dejara,  
El mismo amor la vida me quitara.

»Los campos celestiales, que de estrellas  
Vistió su Autor, Artífice divino,  
Mostrando están entre sus luces bellas  
Seguro á nuestras plantas el camino.  
Mas ¿qué dudamos en lograr con ellas  
El bien que ofrece tan igual destino,  
Trocando nuestro amor su ardiente fuego  
En puras llamas de inmortal sosiego?»

Así acabó, dejando el vulgo atento,  
Suspense y triste, que el suceso aguarda,  
Cuando con repentino movimiento  
El pueblo circunstante se acobarda.  
Paró el cuchillo, que alumbraba el viento,  
Y sin valer sus armas á la guarda,  
Dejó la plaza y presos, recelando  
La no vencida gente de Fernando:

Cual suele en medio del ardiente estío,  
Flechando rayos en las altas cumbres  
La obscura nube entre el vapor sombrío,  
Vestirse de sus pálidas vislumbres;  
Y en agua desatado el humor frío,  
Del cielo cubre las piadosas lumbres,  
Y cuando el viento mas se desordena,  
Apolo nace y el rigor serena;

No menos á la noche de congojas  
De aquellos venturosos condenados  
Salíó la vida entre vislumbres rojas,  
De arneses relucientes y grabados,  
Dejando el miedo y el dolor tan flojas  
Las rígidas pasiones, que burlados  
Sus hierros fácilmente se libraron,  
Y á las vecinas armas se entregaron.

Marchando pues con militar concierto  
La diestra gente en forma de batalla,  
Ganó de Capua con igual acierto  
La puerta, su rastrillo y la muralla.  
Sabiendo el triste Duque el encubierto  
Asalto, defendido de la malla  
Salíó, sin mas defensa que la gente  
Que pudo prevenirse de repente.

Siguieronle, gallardos y animosos  
Arunco, Continola, Sanazaro,  
Caldora, Orlando, Esforza, que piadosos  
Quisieron ser de su ruina amparo.  
Con estos defensores valerosos  
Tener pudiera su valor reparo,  
Si ya no diera á su poder abierta  
Seguro paso al vencedor la puerta.

Trabóse la batalla, tan furiosa,  
Que en todas partes desatada en ira  
Anduvo la venganza belicosa  
Envuelta en fuego, que el furor respira.  
No despidió la fragua luminosa,  
Que con fingidas fábulas admira,  
Iguales rayos, aunque fueran menos,  
Siendo el batir de las espadas truenos.

Enrique de Norberto en la siniestra  
Parte el estoque penetrante esconde,  
Y á Guido osado, que ofendió su diestra;  
Con mas furioso golpe le responde;  
Sobre el Esforza con gallarda muestra  
Movió la espada que apuntaba, donde  
Privarle presto de la vida pudo,  
A no impedir sus pasos el escudo.

Fernando valeroso á Continola  
Rompió el almete, penetrando el filo  
Hasta el doblado acero de la gola,  
En quien la vida descubrió su asilo.  
No fué la herida del guerrero sola,  
Pues luego pasa del señor de Estilo  
La fiera punta el cuerpo mal logrado;  
Ni de años ni de acero acompañado.

De Ernesto luego el generoso Marte,  
Con un revés gallardo que despidió,  
La dura cresta y la cabeza parte,  
Y el suelo el tronco palpitante mide;  
Y al fuerte Ricardeto, que desparte  
El duro trance y animoso impide  
La muerte que á Durando amenazaba,  
El noble pecho su furor le enclava.

En medio de las armas y el combate  
Mostró las suyas el valiente Orlando  
Furioso, porque el triunfo se dilate  
Del hijo generoso de Fernando.  
Gerardo pues que el lauro y el remate  
Andaba de sus glorias procurando,  
Poniendo honroso término la espada  
A la batalla antigua comenzada.

Con él encuentra y reconoce al punto  
El ancho cuerpo que midió su abrazo,  
Y alzando con la voz la espada junto,  
Así le dijo, descargando el brazo:  
«Aquí verémos si mejor apunto  
Que la pasada vez, rompiendo el lazo  
Agora de tu vida, que en las ondas  
No hará la nave que de mí la escondas.»—

«Palabras excusamos,» le replica  
Turbado el Milanés del golpe horrendo;  
Y el fuerte brazo á la venganza aplica,  
De furia y rabia y de dolor gimiendo.  
Entre el brazal derecho que complica  
El borde con la malla, el paso viendo,  
La punta encaminó con tal asombro,  
Que en vez del pecho le taladra el hombro.

La sangre que ocupaba diligente  
Del retirado estoque los vacíos,  
Vertiendo por la herida su corriente,  
Bañó la tierra y alentó sus bríos.  
Miróla el desagrado combatiente,  
Turbado el rostro y los extremos fríos  
De cólera, de furia y de venganza,  
Fundado en este golpe su esperanza.

Llevó la punta el impetu derecha  
De Orlando al rostro, y viéndola vecina  
Del natural recato se aprovecha,  
Y al lado opuesto sin tardar la inclina.  
Libróse el rostro, y por distancia estrecha  
Llegó de fuerzas y años la ruina,  
Abriendo entre la gola y el almete  
Senda el desvío al brazo que acomete.

Entró la espada, dividiendo fieros  
Sus filos penetrantes la garganta,  
Saliendo con la vida los postreros  
Suspiros tristes: entre sangre tanta  
Tenidos se mostraron los aceros,  
Y en tronco inútil, la gallarda planta  
Vuelta midió la fatigada arena,  
De sangre y armas y de cuerpos llena.



Duraba la importuna resistencia  
Al mismo paso que el furor crecía,  
Sin verse conocida diferencia,  
Mengando la recíproca porfía.  
Corrido de su afrenta y negligencia  
Ansberto la batalla discurría,  
Matando á tantos, que impidió su paso  
Con muertos cuerpos el mortal fracaso.

Salió de entre ellos, y en distante plaza  
Topó á Lisardo, y en furor deshechos  
Los dientes, por el yelmo y la coraza  
Le parte la cabeza hasta los pechos;  
Y luego á Florabel, que le embaraza,  
Volvió los filos, y al romper derechos  
La malla penetraron, y el difunto  
Cuerpo destronan sin la vida al punto.

El noble Florishel de Rosimundo  
Sintió la espada por el lado diestro,  
Y vuelto con destreza, en el segundo  
Paso trocado le rompió el siniestro.  
Quedó cubierto al golpe furibundo  
Del fiero brazo, que, al bajar indiestro,  
De solo el pomo ejecutó la furia,  
Burlando al aire su insolente injuria.

Sacó los pies, y acometió de presto  
Al noble rostro la enemiga punta,  
Hallando el golpe al contendor dispuesto  
Que el filo bate, y al contrario apunta.  
Quedó en figura el brazo contrapuesto,  
Que el hierro sin efecto se desputa  
En la rebelde pasta del escudo,  
Que fué lo mas que su violencia pudo.

Volvió á cerrar el Español gallardo  
Con priesa tanta, que turbado y ciego,  
No dió á su vida el alemán resguardo,  
Y el uso pierde de las armas luego.  
El paso mueve perezoso y tardo,  
La furia exhala por los ojos fuego,  
Envuelto con la sangre que derrama,  
Remedio breve de aplacar su llama.

Volviendo Ansberto á la siniestra parte,  
Al misero Lisauro que se opuso  
La gola rompe, y por el hombro parte  
El cuerpo, que en pedazos descompuso.  
A Bruno luego y á Escipion desparte,  
Y en tal aprieto al combatiente puso,  
Que dió su vida al capitán romano  
Al repetido golpe de la mano.

Ya sin prisiones Garceran robusto,  
Venganza vió del nieto de Conrado,  
Pagando en sangre el parecer injusto,  
A manos de su furia castigado;  
Sintió de verle tan mortal disgusto,  
Que el fuerte brazo de su enojo armado,  
Rompiendo por las armas y el consejo,  
Difunto deja el venerable viejo.

Ardiendo en vivo fuego la contienda,  
Creciendo con los golpes la pujanza,  
Dió á su caballo Alfonso aliento y rienda,  
Y al duro ristre la robusta lanza;

FIN DE NÁPOLES RECUPERADA.

No hay brazo que del suyo se defienda  
Ni tenga en los aceros confianza:  
Siempre consiguen, ó matar ó herirle,  
Al que soberbio emprende resistirle.

Creció en su gente el ánimo de suerte,  
Con la forzosa envidia de su gloria,  
Que en breve espacio generosa y fuerte  
Por suya tuvo la neutral vitoria.  
Turbados despreciaban en la muerte  
La fuga vil, y su afrentosa historia  
Los miseros contrarios, satisfechos  
De que otros logren sus piadosos techos.

Mirando sus guerreros destrozados,  
Y á número tan breve reducidos  
Los fuertes capitanes y soldados,  
De tantos poderosos conducidos;  
Con tristes gritos, del dolor formados,  
Y apenas de los suyos advertidos,  
Reimer les dice con turbado aliento,  
Limpiando el rostro pálido y sangriento:

«¿De quién huís, famosos capitanes,  
Honor de tantos reinos y naciones,  
Dejando malogrados los afanes  
De mis honradas y altas pretensiones?  
Esguizaros, suevos y alemanes,  
Que en firmes y constantes escuadrones,  
Por miedo ó por desgracia, vez ninguna  
Os vió por las espaldas la fortuna:

«Lombardos, que emuláis los Alpes canos,  
Venciendo de sus penas la constancia,  
De Nápoles gloriosa ciudadanos,  
Sagrado asilo del honor de Francia:  
¡Oh siempre invictos Césares romanos!  
Que de naciones tantas la arrogancia  
Domastes, sujetando á vuestras leyes,  
Con justo imperio tributarios reyes:

«Franceses generosos, que fijastes  
De Dan á Bersabé las lises de oro,  
Y del Jordan las aguas libertastes  
Del fiero escita, del inculdo moro;  
Volved á las murallas que dejastes:  
Así restituído el gran tesoro,  
Nación famosa, á tu grandeza veas  
Y el fruto de las palmas idumeas.

«Mirad que son tan pocos los autores  
De empresas tantas y atrevidas guerras,  
Que asombran de Moncayo sus cultores,  
En breves campos las heladas sierras;  
Volved por el honor de los mayores,  
Sin dar cobardes las amigas tierras  
A dueños forasteros y tiranos,  
Que en sangre bañan las soberbias manos.»

Así acabó tan afrentado y solo,  
Que apenas tuvo quien seguirle pueda,  
Y antes que al mar descendiendo el rojo Apolo,  
Signió de unos casales la vereda.  
Aun no quería, obscureciendo el polo,  
Pedir la noche al monte que conceda  
Paso á las sombras y al silencio, cuando  
Triunfó gallardo el hijo de Fernando.

## PRIMERA PARTE

DE

## ARAUCO DOMADO,

COMPUESTO

POR EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA,

NATURAL DE LOS INFANTES DE ENÇOL EN CHILE, COLEGIAL DEL REAL COLEGIO MAYOR DE SANT FELIPE Y SANT MÁRCOS,  
FUNDADO EN LA CIUDAD DE LIMA.

DIRIGIDO

Á DON HURTADO DE MENDOZA,

PRIMOGÉNITO DE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, MARQUÉS DE CAÑETE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE ARCETE Y SU PARTIDO,  
VISOREY DE LOS REINOS DEL PIRÚ, TIERRA FIRME Y CHILE;  
Y DE LA MARQUESA DOÑA TERESA DE CASTRO Y DE LA CUEVA; HIJO, NIETO Y BIZNIETO DE VIREYES.

A DON HURTADO DE MENDOZA, PRIMOGÉNITO DEL MARQUÉS DE CAÑETE DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.

No me pareció podía, ni era justo, acudir á otras manos que á las de vuestra señoría con la primera labor que sale de estas, porque siendo todo el blanco de ella no menos que alguna parte de las altas proezas del marqués de Cañete, padre dignísimo de vuestra señoría, estaba muy en razón que quien tan legítimamente le hereda en todas ellas, que es lo mas, le haya de suceder en esto, que es lo menos. Ha días que lo tengo trabajado y aun impreso, dilatando el sacarlo á público hasta que el Marqués se fuese, como ya, por daño nuestro, se va destos reinos; porque el publicar sus loores en presencia suya no engendrarse (á lo menos en dañados pechos y de poca consideración) algun género de sospecha, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato. Vuestra señoría no se desdén de recibir en él mi buen deseo, si no por este, aunque es muy grande, por la grandeza de la materia á que aspira; que haciéndole vuestra señoría acogimiento á la sombra de sus alas, soy cierto que se quebrarán las de todos aquellos que imaginaren atrevérsele, y á mí me nacerán muy crecidas para desplegarlas adelante en el servicio de vuestra señoría. Cuya persona guarde el Señor con todo el aumento de estado que vuestra señoría merece. De los Reyes del Pirú, á 5 de marzo, año 1596.

Besa á vuestra señoría las manos su menor servidor y criado,

EL LICENCIADO PEDRO DE OÑA.